

“Todo a todos para ganar a alguno” (1 Cor 9,22)

En el año paulino

Centro Marianista de Formación

20 de octubre de 2008

PABLO DE TARSO

LA PERSONA Y LA ÉPOCA

“descargado de www.marianistas.org”

Pedro Barrado Fernández

Introducción

“De Pablo se han dicho muchas cosas, la mayoría de ellas desagradables”. Así comienzan J. D. Crossan y J. Reed un magnífico libro sobre Pablo. Algunas de esas cosas que se han dicho –desagradables o agradables y más o menos ajustadas– son las siguientes:

- revelador privilegiado del misterio de Dios;
- un apóstata que traicionó el judaísmo o un apóstol que traicionó a Jesús (un traidor, en todo caso);
- el que liberó a la religión cristiana del judaísmo (A. von Harnack);
- el revelador del proyecto divino de salvación centrado en Cristo (Col y Ef);
- un maestro de la sana doctrina (cartas pastorales);
- el inspirador de la pura religión cristiana del amor (Marción);
- hecho a imagen del Paráclito (gnósticos);
- el pregonero de un falso evangelio (judeo-cristianismo);
- un hereje (ebionitas);
- un propagandista de la abstinencia sexual y la virginidad (Hechos de Pablo);
- el glorioso mártir de Roma (Clemente Romano, Ignacio de Antioquía);
- el segundo fundador del cristianismo (W. Wrede);
- un teórico de la mística cristocéntrica (A. Schweitzer);
- un “disangelista”, es decir, el anunciador de una “mala nueva” (F. Nietzsche).

A nosotros no nos corresponde ahora decidir sobre lo que es o deja de ser Pablo, sino enmarcar su figura en la época que le tocó vivir. Por eso, más que “la persona y la época”, este trabajo debería titularse “la persona *en* la época”. Una época que, salvando todas las distancias, no se diferencia tanto de la nuestra. Por eso la figura del Apóstol puede resultarnos de especial interés.

Un mundo globalizado

La primera y más importante consideración que cabe hacer es que el mundo en el que nace y vive Pablo es un mundo verdaderamente globalizado (quizá más que el nuestro). Los habitantes del mundo “civilizado”, los del Imperio de Roma, sienten que viven en la *oikoumene* (de *oikos*, “casa”): la “aldea global”, diríamos hoy. Un mundo que, a pesar de sus diferencias, resulta extraordinariamente homogéneo. Pongamos dos

“descargado de www.marianistas.org”

ejemplos. El primero tiene que ver con la lengua: el griego era la lengua habitual de intercambio cultural y comercial en todo el Imperio, sobre todo en su parte oriental, pero incluso en Roma los literatos escribían en griego (el latín, lengua de la administración y el derecho, no se impondrá más que a partir del siglo II y sobre todo el III). El segundo ejemplo es de índole gastronómica: aparte de la “universalidad” del pan y el aceite, en aquella época el pescado era más estimado que la carne. Por eso, donde se hacía difícil conseguir pescado fresco o en salazón, se procuraba echar mano de una apreciada salsa hecha de tripas de pescado fermentadas al sol llamada *garum*, que se vendía en tarros. Se pudieran conseguir o no, lo cierto es que estos gustos estaban generalizados y extendidos, y eran anhelados por todos.

Empezaremos esbozando una breve historia de Roma, fijándonos aproximadamente en el período que va desde la llegada de Julio César al poder hasta la época de Domiciano (prácticamente unos ciento cincuenta años). En un segundo momento nos centraremos en algunos aspectos del reinado de Augusto, una figura muy importante por sus consecuencias. Por último, nos detendremos brevemente en el mundo judío dentro del Imperio (porque, a la postre, Pablo es judío).

Breve historia del Imperio

Roma, una ciudad del Lacio fundada en el año 753 a. C., acabó conquistando toda la cuenca mediterránea en el siglo I a. C. En el año 63 a. C., Pompeyo, que había sido investido con poderes excepcionales, conquista Jerusalén junto con gran parte del Próximo Oriente (Ponto, Siria, Cilicia, Armenia, etc.). En el año 60 tiene lugar el triunvirato de Pompeyo, Craso y César, quedando repartido el poder entre estos tres hombres. Craso morirá en el 53 luchando contra los partos en Oriente; César termina de conquistar las Galias en el 50. Entre el 49 y el 46 se libra la guerra entre Pompeyo –a quien el Senado le había encargado la defensa de Roma– y César. El triunfador Julio César termina siendo nombrado –o nombrándose él mismo– *dictator perpetuus*, cónsul, jefe supremo del ejército (*imperator*, general victorioso) y *pontifex maximus* (sumo sacerdote). Morirá asesinado en los idus de Marte del año 44 (15 de marzo).

Aunque César había declarado heredero suyo a su sobrino nieto Octaviano –adoptado como hijo–, Marco Antonio usurpa el poder. En el 43 se establece el triunvirato de Antonio, Lépido y Octaviano, y se persigue a los asesinos de César, que habían sido amnistiados. En el 40, los triunviros se reparten el Imperio: Antonio se queda con Oriente; Octaviano con Occidente y Lépido con África; Roma e Italia son gobernadas conjuntamente por el triunvirato. En el 36, Antonio se une a Cleopatra de Egipto, y en el 31 Cleopatra es vencida en la famosa batalla de Actium. En el 30, Antonio y Cleopatra se suicidan, y Octaviano ordena matar a Cesarión, hijo de Cleopatra y probablemente de César. En el 27, Octaviano, declarado Augusto por el Senado, se hace con todo el poder y restaura –al menos nominalmente– la República.

Augusto muere el año 14 d. C., dejando como heredero a su hijo (adoptivo) Tiberio, que refuerza el carácter oligárquico del poder. Gobernará hasta el 37, con algún período en que el verdadero regente es el prefecto Sejano. A la muerte de Tiberio (37) le sucede Calígula (diminutivo de *caliges*, la sandalia militar), que convierte el poder en una especie de monarquía teocrática oriental. Muere asesinado en el 41, y es sucedido por Claudio, que intenta volver al período de Augusto. Morirá asesinado en el 54 por su segunda mujer, Agripina, cuyo hijo Nerón accede al trono. Tras un gobierno despótico,

“descargado de www.marianistas.org”

éste es depuesto en el año 68 por el Senado y se suicida. Entre el 68 y el 69 se suceden o se solapan cuatro emperadores: Galba, Vitelio, Otón y Vespasiano. Este último, de la familia de los flavios, se hace finalmente con el poder hasta el 79, en que le sucede su hijo Tito, que gobernará hasta el 81. A Tito le sucede Domiciano, que mostrará una paulatina inclinación al despotismo, acabando por exigir el título de *Dominus et Deus*. Morirá asesinado en el 96.

En este período hay que observar cómo el Imperio va anexionando un territorio tras otro (con algunos eventuales reveses y retrocesos), sobre todo a partir de Augusto. En efecto, en esta época se acaban de pacificar Hispania y las Galias, se penetra en la zona del Danubio llegando hasta el Elba, se conquista Germania, Mauritania, el sur de Britania, Tracia y se reanexiona Armenia.

Augusto

Se puede decir que Octavio César Augusto es el creador del Imperio. En un compromiso entre monarquía y República, acepta el título de *princeps*, el primero de los ciudadanos (*primus inter pares*), aunque conserva el título de *imperator*. Posteriormente asumirá todo el poder tribunicio y consular, y se adornará con los títulos de *pontifex maximus*, *cura morum* (vigilante de las costumbres) y *pater patriae*, “padre de la patria”.

Por supuesto, en Augusto se vio al designado por los dioses para llevar al mundo a una “edad de oro”. Esto es lo que escribió el poeta Virgilio en la *Eneida*, la versión latina de la epopeya de la guerra de Troya que en cierta forma sirvió como “mito” fundacional de la dinastía de Augusto: “Vuelve aquí ahora los ojos y mira esa nación; éstos son tus romanos. Ése es César, ésa es toda la progenie de Julo, que ha de venir bajo la gran bóveda del cielo. Ése, ése será el héroe que tantas veces te fue prometido, César Augusto, del linaje de los dioses [se suponía que era hijo de Apolo y descendiente de Rómulo, el fundador de Roma], que por segunda vez hará nacer la Edad de Oro en el Lacio, en esos campos en que antiguamente reinó Saturno” (6,788-794).

En el año 18, Augusto establece leyes que prohíben el matrimonio entre miembros de la clase senatorial y descendientes de libertos, así como severas penas a los adúlteros. Asimismo se obliga al matrimonio a los varones entre 26 y 60 años, y a las mujeres divorciadas o viudas entre los 20 y los 50. Su pretensión era reavivar las costumbres de los antepasados, naturalmente idealizados.

También insistió en la virtud de la *clementia*, que significaba indulgencia del poderoso y lealtad del que carecía de poder, es decir, la perfecta plasmación de la relación patrón-cliente, una relación claramente asimétrica. Trasladado al mundo de la religión, esa misma relación era la que debía existir entre los dioses y los hombres. A eso es a lo que los romanos llamaban *pietas*.

El judaísmo en el Imperio

Desde el año 40 a. C. (en realidad desde el 37, que es cuando acaba de conquistar la provincia), los judíos vivían bajo un rey –Herodes el Grande– impuesto por el Senado romano. Aunque de talante tiránico y obsesionado con el poder (lo que le llevó a no pocos asesinatos), objetivamente se puede decir que Herodes no fue un mal administrador, realizando multitud de proyectos urbanísticos en todo su reino, como

“descargado de www.marianistas.org”

buen “rey cliente” de Roma. A su muerte en el 4 a. C., el reino queda dividido entre sus hijos: Arquelao, 4 a. C. – 6 d. C. (Judea y Samaría); Antipas, 4 a. C. – 38 d. C. (Galilea y Perea) y Filipos, 4 a. C. – 34 d. C. (Iturea, Gaulanítida y Traconítida).

En el año 6 d. C. es depuesto Arquelao, y la etnarquía judía pasa a provincia romana dependiente de la de Siria y gobernada por prefectos o procuradores romanos. Gobernarán hasta el año 67, fecha en que comienza la primera guerra judía, con un breve lapso, el que va del 41 al 44, en que los antiguos territorios de Arquelao, Antipas y Filipos pasan a Herodes Agripa I, un nieto de Herodes amigo de los emperadores Calígula y Claudio.

El judaísmo de esta época se caracteriza por su diversidad: hay diferentes modos de ser judío (saduceos, fariseos, esenios, incluso samaritanos) y no hay unanimidad en el modo de entender las cuestiones relativas al Templo de Jerusalén, verdadero centro del mundo judío. También hay que tener en cuenta las diferentes reacciones que suscita el importante influjo helenista en las costumbres judías (asunto éste que ya venía desde antes incluso de la época macabea). Asimismo, también está ligado al influjo helenista el nacimiento de la apocalíptica como estilo de pensamiento que dará lugar a una fructífera literatura.

En el judaísmo de este tiempo no conviene olvidar el fenómeno de la diáspora, es decir, el de los judíos que no vivían en territorio palestinese, sino “dispersos” por las ciudades del Imperio, en número mucho mayor que el que habitaba en Palestina (se calcula en torno al 10% de judíos en el Imperio, llegando al 3% los que vivían en Roma). En general, Roma toleraba a los judíos y garantizaba sus derechos, incluso permitía que pagaran un impuesto para el sostenimiento del Templo de Jerusalén (como resultado de la derrota del 70, este impuesto revertirá a Roma como compensación de guerra, será el *fiscus iudaeus*). También sabemos de la exención del servicio militar de los judíos en razón de sus “escrúpulos religiosos” (en una carta del legado Marco Pisón a los judíos de Delos, en el año 49 a. C.), probablemente una referencia a su negativa a combatir en sábado. No obstante, en algunos momentos los judíos serán el blanco de los odios populares o de los gobernantes (no son infrecuentes los textos antisemitas entre los escritores romanos, por ejemplo Cicerón). Así, en el año 37 hay una persecución del *politeuma* judío –la comunidad– de Alejandría y en el 49 Claudio los expulsa de Roma, “a causa de las disputas instigadas por un tal Chrestus”, dice Suetonio (probablemente los cristianos también fueron expulsados, dado que en ese momento no estaban muy bien diferenciados de los judíos: cf. Hch 18,1-2). Estos judíos de la diáspora, a pesar de su claro sentido de pertenencia judía, se sentían perfectamente integrados –aunque quizá no completamente asimilados– en las ciudades en las que vivían.

Fuerzas centrífugas y centrípetas

En este mundo a la vez homogéneo y diverso al que acabamos de asomarnos se producen una serie de fuerzas que han sido calificadas como “centrífugas” y “centrípetas”. Se trata de un movimiento de ida y vuelta, es decir, que va respectivamente desde el centro del Imperio hacia sus márgenes y desde éstos al centro.

“Pax romana” y teología imperial

“descargado de www.marianistas.org”

Se trata de la principal característica del movimiento “centrífugo”. Es indudable que el Imperio llevó a las tierras conquistadas muchos beneficios: obras públicas (acueductos, termas), costumbres (espectáculos), administración (derecho)... Pero hoy se suele subrayar que, para el mundo romano, todas esas empresas no carecían de interés “propagandístico”: se pretendía mostrar que el Imperio llevaba cultura, civilización. Y eso se dejaba ver en los edificios, la organización y los valores romanos de la vida social. Un ejemplo doble: en el 44 a. C., Julio César refundó la ciudad de Corinto – destruida en el 146 a. C.– como una colonia romana para los veteranos de sus legiones: Colonia Laus Julia Corinthiensis; asimismo, en el 25 a. C., Octavio (Augusto) fundó en Hispania con el mismo fin –como indica su nombre– la ciudad de Emérita Augusta (Mérida).

El Imperio estaba convencido de que había sido elegido por los dioses o el destino para llevar la *pax romana* a todo el mundo. Una paz que se entendía no sólo como ausencia de guerras, sino fundamentalmente como cultura y civilización (que evidentemente había que imponer a los pueblos conquistados). J. D. Crossan y J. Reed dirán que el pensamiento romano en este aspecto se podría encerrar en la expresión “paz mediante la victoria”. En este sentido, resulta obligado mencionar aquí una de las construcciones más significativas de Augusto: el *Ara Pacis*, el Altar de la Paz, una diosa muy importante para Augusto.

En las *Res gestae divi Augusti*, los “hechos” o “hazañas” del divino Augusto, una especie de informe oficial de las acciones del reinado de Augusto, grabadas en piedra a modo de testamento en múltiples lugares del Imperio –la disposición testamentaria de Augusto fue que se grabaran en todos los templos del Imperio dedicados a Roma y a él mismo–, se puede leer: “En tierra y mares emprendí guerras civiles y con pueblos extranjeros, a lo largo de todo el mundo, y al conseguir la victoria perdoné a todos los ciudadanos que lo pidieron. Preferí salvar en lugar de destruir a las naciones extranjeras que podían perdonarse con todas las garantías” (1,3).

Obviamente, la visión de los pueblos conquistados no era la misma. Un cabecilla rebelde escocés, Calgaco, dice lo siguiente de los romanos: “Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia los países ricos y los pobres. A robar, asesinar y asaltar le llaman con falso nombre ‘imperio’, y ‘paz’ a sembrar la desolación” (*Agrícola* 30, una biografía de Gneo Julio Agrícola, gobernador de Britania entre los años 77 y 84 d. C., que escribe su yerno Cornelio Tácito).

Esta ideología imperial romana se veía plasmada por cualquier parte del Imperio, era omnipresente: se la percibía en todos los monumentos, en las esculturas y los bustos de los emperadores erigidos por todas partes, en la literatura, en las monedas. No hay que olvidar que el índice de analfabetismo era enorme, de ahí la importancia de todos estos verdaderos “afiches” publicitarios. Desde este punto de vista, en el acueducto de Segovia casi importa más su faceta de propaganda de la “cultura imperial” que su utilidad práctica (llevar agua): su imponente presencia supera con mucho su provecho.

Y si no eran los romanos los que llevaban a cabo directamente esos proyectos propagandísticos en beneficio de las ciudades (calzadas, baños, puentes), eran las élites locales las que competían ferozmente por ver quién era más generoso en realizarlos. Es lo que se llama “evergetismo”. Por supuesto, aunque esto costara dinero, los beneficios que estos mecenas locales sacaban de los amos romanos no eran menores: desgravación

“descargado de www.marianistas.org”

de impuestos, cargos cívicos y otras recompensas morales, que se traducían en un aumento del honor (probablemente el valor más importante en esta sociedad) y, consiguientemente, de influencia.

Una de las herramientas para llevar a todos los rincones de la *oikoumene* romana esta ideología imperial fue el culto a los emperadores, por eso Crossan y Reed la denominan no sin razón “teología imperial”. Julio César será divinizado tras su muerte, lo mismo que su hijo Augusto: significaba su *apo-theosis*, su ascensión a los cielos, su deificación. Así, Augusto acuñará monedas con la inscripción *divi filius*, “hijo del divino [Julio César]”. No obstante, conviene observar que en latín hay diferencia entre *dei filius*, “hijo de dios”, y *divi filius*, “hijo del divino” (en griego, sin embargo, el *dei* y el *divi* se tradujeron indistintamente por *theos*). Éste es el contexto –evidentemente polémico– en el que conviene interpretar la predicación paulina de Jesucristo como Hijo de Dios.

Aunque es verdad que en la propia Roma la consideración divina del emperador reinante estuvo un tanto atemperada, al menos hasta el primer tercio del siglo I (concretamente hasta los reinados de Calígula [37-41], Nerón [54-68] y Domiciano [81-96]), en la zona oriental del Imperio, quizá porque allí existía una larga y antigua tradición en este sentido, se interpretó bastante más literalmente. En la ciudad de Priene (hoy Turquía) se encontró una inscripción, que data del año 9 a. C., en la que los ediles de la ciudad deciden cambiar el calendario ajustándolo al nacimiento de César Augusto:

“Puesto que la Providencia ha ornado nuestra edad con la presencia del dios supremo Augusto, y en su liberalidad nos ha concedido a nosotros y a cuantos están por venir un salvador que ha hecho cesar la guerra y va a imponer un orden pacífico sobre todas las cosas, habida cuenta de que el nacimiento de nuestro dios ha marcado el comienzo de las buenas nuevas [*evangelia*] para todo el mundo por causa suya, en consecuencia, los griegos de Asia han decretado que el año nuevo comience en todas las ciudades el 23 de septiembre, y el primer mes sea reverenciado como mes de César, comenzando el 23 de septiembre, día del nacimiento de Augusto, y que la carta del procónsul y el decreto de Asia se deben inscribir en un pilar de mármol blanco que se ha de colocar en el recinto sagrado de Roma y Augusto”.

A propósito del “recinto sagrado de Roma y Augusto”, fueron muchos los templos dedicados en el Imperio a la diosa Roma y al dios Augusto. Si ir más lejos, los que edificó el rey Herodes el Grande en la ciudad de Cesarea Marítima, llamada así precisamente en honor de César.

En una inscripción griega del año 14-15, comienzo del reinado de Tiberio, se ofrecen instrucciones precisas sobre el culto imperial: “Que el magistrado ponga en la primera base la imagen del dios Augusto, padre del César; en la segunda, situada a la derecha, la de Julia Augusta [Livia, esposa de Augusto]; y en la tercera, la de Tiberio César, hijo de Augusto, ofreciendo la ciudad las imágenes al magistrado. Y que ponga además una mesa en medio del teatro y un brasero con incienso, y que antes de la llegada de los artistas, los miembros del consejo y los colegios de los magistrados quemem juntos incienso por la salvación de los príncipes”.

Cultos de los misterios

En los llamados “cultos o religiones de los misterios” podemos ver el movimiento “centrípeto” que mencionábamos más arriba. Quiere decir que a Roma

“descargado de www.marianistas.org”

también llegaban personas, ideas y costumbres de todas las partes del Imperio. No en vano Tácito, en sus *Anales* –y precisamente hablando del cristianismo, al que califica de “funesta superstición”–, llega a decir que en Roma “confluyen de todas partes y encuentran seguidores todas las atrocidades y vergüenzas”. Un poeta satírico romano ironizará diciendo: “Los albañales del Orontes [río de Antioquía] desembocan en el Tíber”.

Así pues, Roma no sólo “exportaba” funcionarios, soldados y comerciantes a las provincias del Imperio, sino que también los “importaba” de allí. De hecho, sobre todo de Oriente llegaron cultos, religiones o “supersticiones” (los romanos distinguían entre “religiones” lícitas, como el judaísmo, y “supersticiones”, creencias no muy bien aceptadas o directamente proscritas) que al parecer hicieron fortuna y consiguieron multitud de adeptos, la mayoría entre las clases más bajas de la sociedad, pero también hubo ciudadanos notables e incluso emperadores que participaron en esos cultos.

La razón del éxito que obtuvieron estas creencias probablemente radique en que consiguieron “apoderarse” de la piedad popular del mundo romano, una piedad bastante disociada de la religiosidad “oficial”. La religión romana tenía mucho de “religión cívica” y de ritualismo o formalismo: participar en los sacrificios a los dioses de Roma –independientemente del escepticismo que se profesara– significaba ser un buen ciudadano, porque la religión era sobre todo una fuerza de cohesión social; por tanto había poca personalización religiosa (al menos en este nivel oficial). La creencia en un dios o una diosa que lograra evitar los arbitrarios golpes del destino o la *Fortuna* (la *tyché* griega) resultaba así de enorme interés (sobre todo para los más desafortunados).

Entre estos cultos, los más importantes fueron los siguientes:

– *Los misterios griegos en general*. Empezaron en Grecia como tradiciones locales. Quizá el más importante fue el de Dionisos (o Baco), dios del vino. Llegó a Roma en torno al 193 a. C. (Antonio fue un gran devoto de Dionisos, mientras que Augusto lo fue de Apolo).

– *Los misterios de Eleusis*. Ligados al mito de Deméter y Perséfone, un mito relacionado con el crecimiento de los cereales, estos cultos alcanzaron un notable éxito. Había peregrinaciones a Eleusis, cerca de Atenas, para iniciarse en estos misterios. Aparte de la peregrinación y ayunos, el rito principal consistía en la representación del mito y en la “visión” secreta de una serie de objetos sagrados (quizá una espiga) en una cueva.

– *Los misterios egipcios de Isis y Serapis*. Heredado de la tradición egipcia, este culto también está ligado a un mito, el de Isis y Osiris (este último dios, amalgamado con el dios buey Apis, llamado Serapis a partir de los ptolomeos), a su vez relacionado con el renacimiento de la vida (cosechas e inundaciones periódicas en Egipto). En cierta forma acabó fundiéndose con el de Deméter y Perséfone. Con el culto a Isis, sus adeptos buscaban la inmortalidad y la vida eterna.

– *La “Magna Mater”*. Culto nacido en la región de Anatolia-Frigia, sus protagonistas son Cibele (diosa de la fertilidad de campos y animales) y Attis (dios pastor y consorte), que es asesinado y revivificado. Su fecha de celebración era el 25 de marzo. Los sacerdotes tenían un rito especial, llamado *taurobolium*, en el que se les “bautizaba” con la sangre de un toro.

– *Cultos de la diosa siria*. Los protagonistas eran Atargattis (una diosa en la que se fundían las antiguas divinidades semitas Aserá-Astarté y Anat) y Hadad o Baal (dios de la tormenta). Nuevamente la cuestión de la fecundidad –y por tanto de la vida– estaba en su centro.

“descargado de www.marianistas.org”

– *Culto de Mitra*. De origen persa, y más primitivamente hindú, este culto se centraba en la lucha de Mitra con el toro cósmico, lo cual originaba la vuelta de la vida al mundo. Se celebraba el 25 de diciembre. Practicado en secreto por los soldados romanos, era famoso por sus banquetes. Al parecer, también en este culto se practicaba el *taurobolium*.

Las comidas

En muchos de estos cultos, como acabamos de ver, eran importantes los banquetes comunitarios. El escritor Apuleyo narra en *La metamorfosis* o *El asno de oro* cómo el protagonista, Lucio, acabó su iniciación en el culto a Isis con una comida sagrada. En realidad, las comidas tenían mucha importancia en la vida de los habitantes del Imperio –ya fueran éstos judíos o greco-romanos–, ya que éstas poseían una connotación religiosa y cívica. Participar en los banquetes de los templos de los dioses greco-romanos era signo de buena ciudadanía.

En el mundo griego, el término *hetaira*, que aludía inicialmente al compañero de mesa, acabó por designar al amigo sin más. En el ámbito greco-romano existían asociaciones o agrupaciones, habitualmente vinculadas al mundo profesional, denominadas *thiasa* (*collegia* en latín). Se trataba de asociaciones de ayuda mutua, encargadas, por ejemplo, de asegurar un entierro digno a sus miembros, y una de cuyas actividades habituales consistía en organizar banquetes en honor del dios patrón de la agrupación. Conocemos, por ejemplo, el *thiasos* dionisiaco de Tusculum (Italia), presidido como sacerdotisa por Pompeya Agrippinilla (siglo II), que incluía a toda su casa, incluidos los esclavos. Estas agrupaciones solían tener además nombres rimbombantes, como el Sagrado Colegio de Lenceros, el Sagrado Consistorio Universal de Tejedores (al que muy bien se podría haber afiliado san Pablo, por su oficio), la Corporación de los Muy Nobles Cambistas o el Santo Colegio de Tintoreros.

Los templos paganos solían tener dependencias que servían de comedores para esta clase de banquetes. Por cierto, en algunas de estas comidas “sagradas” era donde se consumía la mayor parte de la carne que se comía en el mundo antiguo, dado que se trataba de un alimento escaso (el “menú” habitual de los *thiasa* consistía en pan, aceitunas, sardinas y quizá queso). Si sobraba, esa carne procedente de los sacrificios en los templos se destinaba a su venta en los mercados.

Éste es el contexto en el que hay que interpretar el problema de los “idolotitos” (*eidolothyta*, denominación burlesca de los *hierothyta* o animales sacrificados en el paganismo) que le plantearán los corintios a Pablo (cf. 1 Cor 8): ¿se puede comer carne sacrificada a los ídolos, es decir, a los dioses paganos? ¿Qué debe hacer un cristiano si le invitan a uno de estos banquetes “gremiales” en donde se va a consumir carne que ha sido sacrificada a Dionisos, por ejemplo, o a una comida que da el patrón con carne comprada en el mercado procedente de sacrificios a dioses paganos?

Otro conocido problema entre los cristianos de Corinto y que tiene que ver con las comidas es el relativo a la desunión en los ágapes comunitarios (cf. 1 Cor 11,17-34: “Cada cual empieza comiendo su propia cena, y así resulta que, mientras uno pasa hambre, otro se emborracha” [v. 21]). Al menos en las comidas patricias, la costumbre greco-romana era que el banquete tuviera dos partes: la cena propiamente dicha –el *deipnon*–, tomada en el comedor de la casa o *triclinium* (donde los comensales se recostaban en divanes o triclinios dispuestos en forma de U), y el *symposion*, donde se

bebía y se conversaba (*symposion* significa literalmente “beber juntos”), e incluso donde podía haber demostraciones artísticas, generalmente celebrado en otra pieza de la casa, el *atrium*. Algunos autores han imaginado las dimensiones de los corintios según este esquema, de modo que piensan en un grupo de diez o quince personas –de estatus social más elevado– que comen y beben en el *triclinium* junto al anfitrión, mientras otro grupo más numeroso, quizá de treinta o cuarenta personas, apenas cenan de lo que han llevado o directamente ayunan, si son pobres, en el *atrium*. No hay que olvidar que las cenas solían tener lugar a la caída de la tarde, no de noche, de manera que muchos trabajadores o esclavos sólo podrían acudir a ellas una vez liberados de sus ocupaciones, es decir, cuando la cena estaba acabando o había terminado ya.

En el mundo judío también conocemos una actividad “gastronómica” semejante y de similar importancia. En concreto, entre algunos grupos dentro del movimiento fariseo –los *haberim* (de *héber*, compañero)– se desarrollaban al parecer comidas que tenían un significado religioso casi sacramental. Probablemente es a ellos a los que se debe la costumbre –extendida luego a todo el judaísmo: cf. Mc 7– de lavarse las manos antes de comer, porque eso era lo que ellos pensaban que hacían los sacerdotes en el Templo de Jerusalén antes de llevar a cabo los sacrificios. También sabemos de la importancia de las comidas comunitarias para otros grupos del judaísmo, como las de los terapeutas de Egipto (con homilía del que presidía) o las comidas “sagradas” de los esenios (tanto en Qumrán como en otras partes).

“descargado de www.marianistas.org”

Rasgos sobresalientes de la vida de Pablo

Aquí no pretendemos hacer una semblanza detallada de la vida de Pablo, cosa por lo demás muy difícil, por no decir imposible. Tan sólo destacaremos de ella algunos elementos especialmente significativos, procurando leerlos en su contexto social greco-romano y judío. Básicamente nos detendremos en cinco –su conversión, su actividad viajera, su talante misionero, su dimensión de escritor de cartas y su faceta de trabajador manual–, a lo que añadiremos en primer lugar unas consideraciones sobre la presentación que hace de sí mismo, las fuentes para el conocimiento de su figura y la cronología de su vida.

Presentación

El propio Pablo se presenta de esta manera: “Fui circuncidado a los ocho días de nacer, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo por los cuatro costados, fariseo en cuanto al modo de entender la Ley, ardiente perseguidor de la Iglesia, e irreprensible en lo que se refiere al cumplimiento de la Ley” (Flp 3,5-6).

Por otra parte, en los Hechos de los Apóstoles dice: “Yo soy judío. Nací en Tarso de Cilicia, pero me educé en esta ciudad [Jerusalén]. Mi maestro fue Gamaliel; él me instruyó en la fiel observancia de la Ley de nuestros antepasados. Siempre he mostrado un gran celo por Dios, como vosotros hoy. Yo perseguí a muerte este camino, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres” (Hch 22,3-4). Un poco más adelante, cuando están a punto de azotarle, dice: “¿Tenéis derecho a azotar a un ciudadano romano sin haberlo juzgado antes?” [...] El tribuno se presentó inmediatamente y le preguntó: ‘¿Eres ciudadano romano?’ Pablo le contestó: ‘Sí’. El

tribuno replicó: ‘Yo tuve que pagar mucho dinero para lograr esta ciudadanía’. Y Pablo dijo: ‘Pues yo la tengo de nacimiento’” (Hch 22,25-28).

Una nota curiosa para acabar este punto. En un texto apócrifo llamado Hechos de Pablo [y Tecla], de finales del siglo II y principios del III, se describe de la siguiente manera el aspecto físico del Apóstol: “Onesíforo siguió el camino real que conduce a Listra, y trataba sin cesar de descubrir a Pablo, observando el aspecto de los que pasaban, según las indicaciones de Tito. Y vio venir a Pablo, hombre de baja estatura, calvo, con las piernas arqueadas, robusto, con las cejas juntas, la nariz ligeramente curvada, lleno de simpatía; pues unas veces parecía un hombre, pero otras tenía el aspecto de un ángel. Cuando vio a Onesíforo, Pablo sonrió; y Onesíforo le dijo: ‘Salve, siervo del Dios bendito’; y él le contestó: ‘La gracia sea contigo y con tu casa’” (2-4). Obviamente, por la descripción que hace, Onesíforo contempló a Pablo bajo su aspecto humano, no angélico.

Fuentes (discrepantes) de conocimiento

La simple comparación de los textos bíblicos ofrecidos en el apartado anterior nos lleva a una cuestión de suma importancia: ¿cuáles son las fuentes de nuestro conocimiento sobre Pablo? La respuesta es que básicamente nos encontramos con dos fuentes distintas de conocimiento: lo que cuenta el propio Pablo de sí mismo en sus cartas y la semblanza que Lucas (llamaremos así convencionalmente al autor del tercer evangelio y los Hechos) hace de él en los Hechos de los Apóstoles. El problema es que los rasgos de ambos Pablos no siempre son coincidentes, encontrándose incluso algunas discrepancias interesantes. Veamos dos ejemplos de ello.

– Lucas jamás concede a Pablo el título de “apóstol”, mientras que éste lucha denodadamente para que se le considere “apóstol de Jesucristo” (cf. Rom 1,1; 1 Cor 1,1; 2 Cor, 1,1; Gál 1,1, etc.). En 1 Cor 15,9 se coloca como el menor de los apóstoles e indigno de tal nombre, “pero por la gracia de Dios soy lo que soy” (v. 10), es decir, apóstol.

– El Pablo lucano, según vemos en Hechos, siempre emplea la misma estrategia misionera: se dirige en primer lugar a la sinagoga para anunciar a sus hermanos judíos el evangelio de Jesús (cf., por ejemplo, Hch 17,1-2: “Pasaron por Anfípolis y Apolonia y llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga judía. *Siguiendo su costumbre*, Pablo entró allí...”). Si esto falla o cuando esto falla, entonces pasa a la predicación a los paganos. Sin embargo, en la mención de su vocación en la carta a los Gálatas, Pablo afirma que Dios “tuvo a bien revelarme a su Hijo y hacerme su mensajero *entre los paganos*” (Gál 1,16). Y un poco más adelante refiere cómo “Santiago, Pedro y Juan, tenidos por columnas de la Iglesia, nos dieron la mano a Bernabé y a mí en señal de comunión: nosotros *evangelizaríamos a los paganos* y ellos a los judíos” (2,9).

De este modo, si no tuviéramos el libro de los Hechos de los Apóstoles y sólo contáramos con las cartas de Pablo, jamás habiéramos sabido, por ejemplo, que nació en la ciudad de Tarso, que era ciudadano romano o que había estudiado con Gamaliel en Jerusalén. El problema es: ¿podemos fiarnos de lo que nos cuenta Lucas y no el propio interesado? Aunque la respuesta nos llevaría muy lejos en una cuestión en permanente debate, lo cierto es que Lucas hace una semblanza de Pablo con unos intereses determinados, intereses que en ocasiones hacen que haya que tomar los datos que proporciona con precaución desde el punto de vista histórico. Por ejemplo, si en verdad Pablo es ciudadano romano, esto se compadecería mal con la noticia que nos brinda él mismo en 2 Cor 11,24-25: “Cinco veces he recibido de los judíos los treinta y nueve

golpes de rigor, tres veces he sido azotado con varas [verosíblemente por las autoridades romanas]”: en efecto, la *Lex Porcia* y la *Lex Iulia* prohibían azotar a ciudadanos romanos. Por cierto, se suele decir que la ciudadanía romana le vendría a Pablo por su nacimiento en Tarso. Pero, en la época de Pablo, Tarso –capital de Cilicia– era una ciudad libre, no una colonia romana, por tanto sus habitantes no poseían, por ese medio, derechos de ciudadanía. La única posibilidad de que Pablo fuera realmente ciudadano romano tiene que venir por vía paterna, es decir, porque su padre lo fuera (¿un liberto de un ciudadano romano?).

Cronología

Estas dos fuentes, las cartas de Pablo y los Hechos de los Apóstoles, son también evidentemente la base para establecer la cronología paulina. No obstante, los historiadores se enfrentan a problemas espinosos, cuando no sencillamente irresolubles, porque en ocasiones resulta imposible casar los datos que nos proporcionan estas dos fuentes. Un detalle puede ser significativo: en Hechos jamás se menciona la actividad epistolar del Apóstol, tan importante, de modo que esta obra no puede ayudar más que indirectamente a la datación de sus cartas. De manera que aquí nos contentaremos con ofrecer simplemente elementos cronológicos desnudos, sin entrar en más detalles, con el ánimo de presentar un marco cronológico general.

A continuación ofrecemos dos cronologías de la actividad de san Pablo de las muchas que se han propuesto. Su simple cotejo dará idea de las diferencias con las que se mueven los autores. Además, se verá que, en la segunda de ellas, su autor no se atreve a ir más allá de la estancia de Pablo en Corinto durante los años 56-57, desde donde escribe la carta a los Romanos (carta que acaba mencionando los proyectos de ir a Jerusalén y luego a España, pasando antes por Roma; proyectos que no sabemos a ciencia cierta si logró llevar a cabo), dado que, en su opinión, “un cierto número de datos de Hechos tiene que ser atribuido a la ficción literaria de la historiografía lucana; por ejemplo: la construcción del tercer viaje de Pablo a Jerusalén (Hch 18,20-22), en el que falta todo detalle [...] así como el informe de las comparecencias ante la justicia romana en Corinto y en Cesarea” (F. Vouga, “Cronología paulina”, en D. Marguerat [ed.], *Introducción al Nuevo Testamento. Su historia, su escritura, su teología*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2008, pp. 133-134).

Quizá por eso también, en la interesante reconstrucción novelada de la trayectoria vital de Pablo –a modo de “confesiones”– que lleva a cabo el mismo F. Vouga (*Yo, Pablo. Las confesiones del Apóstol*. Santander, Sal Terrae, 2007), éste se tome la licencia poética, ofrecida como hipótesis, de decir que san Pablo aprendió su tradición judía y su amor por la Escritura en su Tarso natal (no a los pies de Gamaliel en Jerusalén) y que tuvo el encuentro con el Crucificado en Damasco, pero dirigiéndose a la Ciudad Santa en un viaje de estudios, no partiendo de allí (cf. pp. 62ss).

¿36? Conversión de Pablo en el camino de Damasco.

39 Visita a Jerusalén.

40-44 Estancia en Cilicia (Asia Menor), región natal de Pablo.

40-45 Llegada y estancia en Antioquía (Siria).

46-49 1^{er} viaje misionero: de Antioquía a Chipre y después al sur de Asia Menor. Regreso a Antioquía.

50-52 2^o viaje misionero: de Antioquía, por el sur de Asia Menor, a Galacia, Macedonia y Corinto (1 Tesalonicenses). Regreso a Antioquía.

- 53 Asamblea en Jerusalén.
 54-58 3^{er} viaje misionero: de Antioquía, por Galacia, a Éfeso, donde Pablo permanece tres años y es encarcelado (Gálatas, Filipenses, Filemón, 1-2 Corintios).
 57 Invierno en Corinto (Romanos), regreso a Jerusalén.
 58-60 Arresto en Jerusalén - Encarcelamiento en Cesarea Marítima.
 60-61 Traslado a Roma por mar.
 61-63 Prisionero en Roma (¿durante dos años?).
 65 ¿Muerto en Roma bajo Nerón?
 (P. Debergé, *Pablo, el pastor*. Cuadernos Bíblicos 126. Estella, Verbo Divino, 2005, p. 12).

32 / 34	Vocación de Pablo.
32-35 / 34-37	Viaje a Arabia [Nabatea y Palmira].
35-48 / 37-49	Viaje a Siria y a Cilicia.
48 / 49	Asamblea de los apóstoles en Jerusalén.
48-56 / 49-57	Viaje a Europa.
49-51 / 50-52	Pablo en Corinto.
50-52	1 Tesalonicenses.
51-54 / 52-55	Pablo en Éfeso.
52 / 54	1 Corintios.
54 / 55	2 Corintios.
55-56 / 56-57	Pablo en Corinto.
56-57	Romanos.

(F. Vouga, “Cronología paulina”, en D. Marguerat [ed.], *Introducción al Nuevo Testamento*, o. c., p. 136).

¿Conversión o vocación?

El primero de los rasgos biográficos de Pablo que atraerá nuestra atención, el de su “conversión”, es probablemente de los más interesantes. La primera dificultad con la que nos encontramos es la denominación: ¿cómo hay que llamar a lo que le ocurrió, según los relatos de Hechos, camino de Damasco: conversión, vocación, transformación...? La pregunta no es ingenua.

Hoy día se va imponiendo entre los especialistas la idea de que lo que le ocurre a Pablo no hay que llamarlo “conversión”, al menos en el sentido habitual del término, porque Pablo no se pasa de una religión a otra. Hay que recordar que los primeros cristianos se sienten todos ellos judíos, y no perciben la necesidad de salir de su judaísmo para ser cristianos, es decir, seguidores de Jesús el Mesías. Sencillamente, lo que le ocurre a Pablo en el camino de Damasco –el encuentro con el Resucitado– le hace cambiar la forma de ver el judaísmo que hasta entonces tenía. Se ha dicho que, a partir de ese momento, el judaísmo de Pablo se abre al universalismo.

Eso es lo que viene a decir el Apóstol en el relato que hace de su “vocación” en la carta a los Gálatas: “Sin duda habéis oído hablar de mi antigua conducta en el judaísmo: con qué furia perseguía yo a la Iglesia de Dios intentando destrozarla. Incluso aventajaba dentro del judaísmo a muchos compatriotas de mi edad como fanático partidario de las tradiciones de mis antepasados. Pero cuando Dios, que me *eligió* desde el seno de mi madre y me *llamó* por pura benevolencia, tuvo a bien *revelarme* a su Hijo y hacerme un *mensajero* entre los paganos, inmediatamente, sin consultar a hombre

“descargado de www.marianistas.org”

alguno y sin subir a Jerusalén para ver a quienes eran apóstoles antes que yo, me dirigí a Arabia y después otra vez a Damasco” (Gál 1,13-17).

En este texto he destacado los términos “elegir”, “llamar”, “revelar” y “mensajero”. Son exactamente los mismos que suelen emplear los profetas en el Antiguo Testamento para explicitar su vocación profética: Pablo entiende, pues, su llamada en los términos que le proporciona su propia tradición judía. En especial los modelos de vocación profética de Jeremías (Jr 1,4-5) y la llamada del Siervo de Isaías en su segundo canto (Is 49,1-6).

En el texto de 1 Cor 15 que hemos mencionado antes, después de referir las apariciones del Resucitado a Pedro, Santiago y otros, Pablo dice que “después de todos se me *apareció* a mí, como si de un hijo nacido a destiempo se tratara” (v. 8). También aquí el término que se emplea, *ôfzê*, es el mismo que el de las revelaciones-apariciones divinas o angélicas en el Antiguo Testamento.

No obstante, algunos autores insisten en el término “conversión”, argumentando que, aunque el marco en que se produce el encuentro con el Resucitado sea el del judaísmo y a pesar de que Pablo no “cambie de religión” como tal, la transformación que se lleva a cabo en él es de tal envergadura que sólo se puede acceder a su experiencia con frases tan paradójicas y hermosas como ésta: “Así pues, he cambiado de Dios. O, mejor dicho, al manifestarse como Padre del Crucificado, Dios me cambió a mi Dios. Mi Dios, el Dios de Abrahán y de Moisés, ya no es el Dios que era el mío, aun cuando también él era el Dios de Abrahán y de Moisés. Al revelarme a su Hijo, al hacerme ver a Jesús de Nazaret, crucificado, como Cristo y Señor, mi Dios me cambió a mi Dios” (F. Vouga, *Yo, Pablo*, o. c., p. 52).

En cuanto al famoso episodio del camino de Damasco, plasmado en tres relatos, con algunas variaciones, en el libros de los Hechos (caps. 9; 22 y 26), hemos de pensar que se lo debemos sobre todo a su autor, Lucas, que ha acuñado una magnífica “escenificación” de un acontecimiento que sin duda tuvo lugar en el corazón de Pablo (¿algún tipo de experiencia mística?).

Viajero infatigable

Uno de los rasgos más sobresalientes de Pablo es su faceta viajera. Y pudo emprender esos viajes porque la red de comunicaciones del Imperio, considerando que estamos hablando del siglo I, era excelente. La actual red ferroviaria italiana –si las ayudas comunitarias no la han transformado en estos últimos años– prácticamente está calcada sobre las antiguas rutas del Imperio.

Las calzadas, aunque inicialmente pensadas para el rápido traslado de las legiones, acabaron sirviendo también para el paso de personas y mercancías. “La red de calzadas, que estaba en continua expansión, se conectaba con puertos, muchos de los cuales fueron construidos o renovados con el hormigón hidráulico recién inventado. [...] Los puertos y sus rompeolas aumentaron, y Roma ya no dependía de los puertos naturales y las grandes ciudades costeras de antaño, sino que podía trazar un nuevo mapa del Mediterráneo con centros estratégicos que servían a los intereses romanos, que eran las vías legionarias hacia la periferia y la importación de artículos de lujo y especias de Oriente y grano de Egipto” (J. D. Crossan / J. L. Reed, *En busca de Pablo. El Imperio de Roma y el Reino de Dios frente a frente en una nueva visión de las palabras y el mundo del apóstol de Jesús*. Estella, Verbo Divino, 2006, pp. 232-233).

“descargado de www.marianistas.org”

“Las rutas llevan generalmente el nombre del magistrado que las creó. Los emperadores desarrollaron particularmente la red provincial. Entre las vías más conocidas estaban: de Roma a Brindisi: la Vía Apia; de Roma a Génova: la Vía Aurelia; de Italia a España por la Galia narbonense: la Vía Domitila; de Durazzo a Bizancio: la Vía Egnatia [que pasaba por la ciudad de Filipos]. La carga de los carros estaba limitada en razón de la imperfección de su construcción. Ningún transporte superaba los 500 kilos. Las mercancías recorrían unos 30 kilómetros por día. [...] El correo imperial alcanzaba los 150 kilómetros al día, aprovechando las veinticuatro horas del día [...] La vía marítima era preferible muchas veces a la vía terrestre. Sin ser muy importantes, las cargas de los navíos alcanzaban varios centenares de toneladas. Algunos navíos cerealeros superaban las 1.000 toneladas. Por lo que respecta a los viajeros, sabemos que el barco de Pablo transportaba 276 pasajeros (Hch 27,37), el de Flavio Josefo, 600 (*Autobiografía*, 15). Sin embargo, la navegación [por el Mediterráneo] se paralizaba de noviembre a marzo [era el llamado *mare clausum*]. Estaba a merced de las tempestades, las calmas prolongadas y los piratas. Por eso los tiempos de viaje variaban considerablemente. Conocemos tiempos récord: 9 días de Pozzuoli (cerca de Nápoles) a Alejandría; 6 días de Sicilia a Alejandría; 7 días de Cádiz a Ostia; 2 días de África a Ostia; 3 días de Narbona a Ostia. Pero la mayor parte de las veces era mucho mayor. En ocasiones era necesario invernar largos meses antes de proseguir. Aunque la navegación mediterránea era la más importante, también existía una navegación por el mar Rojo en dirección a la India. Los navegantes utilizaban los vientos de los monzones. Podían hacer un viaje de ida y vuelta entre julio y febrero” (J. Comby, *Para leer la historia de la Iglesia*. Estella, Verbo Divino, 2007, p. 27).

Valga esta larga pero expresiva cita para hacernos una idea de las comunicaciones en el Imperio. Y también de la posibilidad que brindaron a Pablo estas vías de comunicación para el desarrollo de su misión. Sin embargo, tampoco conviene echar en el olvido la dificultad e incomodidades que implicaba emprender viajes por estas vías y en estas condiciones. El propio Pablo hará un recuento de sus fatigas: “Tres veces he naufragado; he pasado un día y una noche a la deriva en alta mar. Los viajes han sido incontables; con peligros al cruzar los ríos, peligros provenientes de salteadores, de mis propios compatriotas, de paganos; peligros en la ciudad, en despoblado, en el mar; peligros por parte de falsos hermanos. Trabajo y fatiga, a menudo noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez” (2 Cor 11,25-27).

Apóstol apasionado

Cuando hablábamos de las fuentes para el conocimiento de la actividad del Apóstol, nos referíamos a la discrepancia entre las informaciones que proporciona Lucas en los Hechos y las del propio Pablo en cuanto a sus objetivos misioneros: ¿se dirigía Pablo prioritariamente a judíos o a paganos?

Una posible solución a esta disyuntiva nos la ofrecen J. D. Crossan y J. Reed. Una solución que además tiene la ventaja de cuadrar con el sentido común. En efecto, si Pablo es judío, si su tradición es judía y si su mensaje, en el fondo, es el de un Mesías judío, lo lógico es pensar que Pablo se tendría que dirigir en primer lugar a judíos, que son los que le podrían entender. La argumentación de sus cartas, de hecho, está basada

en datos, elementos y razonamientos de la tradición judía. Así, por ejemplo, en la carta a los Romanos Pablo emplea en diecisiete ocasiones fórmulas que remiten al Antiguo Testamento (“está escrito”) y es notable la utilización de técnicas rabínicas en sus discusiones (cf. Pontificia Comisión Bíblica, *El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana*, n. 14). Por tanto, es razonable pensar que, como se afirma en Hechos, la primera parada en los viajes del Apóstol fuera la sinagoga.

Así lo novela el Pablo de F. Vouga: “Después de más de veinte años, en Arabia [probablemente Nabatea], en Siria, en Cilicia, en Galacia, en Macedonia, en Grecia, pasé el tiempo entre las salas de conferencias y las plazas públicas, siguiendo, de una ciudad a otra, el mismo programa: visitar la sinagoga, porque era allí donde me resultaba más fácil, a mí, que era desconocido, establecer los primeros contactos. Aprovechar los encuentros que podía tener allí para encontrar un alojamiento provisional, hasta que fundaba en el lugar una primera comunidad...” (*Yo, Pablo*, o. c., p. 71).

Sin embargo, no podemos dejar de lado sin más la insistente pretensión del propio Pablo en ser “apóstol de los gentiles”. Una posible solución, como decíamos, viene de la mano de Crossan y Reed. En efecto, Pablo se dirigía en sus visitas primeramente a la sinagoga, pero los destinatarios de su mensaje no serían principalmente judíos, sino paganos que andaban en la órbita sinagoga. Serían aquellos que en los Hechos de los Apóstoles se conocen como “temerosos de Dios” (cf. Hch 10,2; 18,7), unos paganos atraídos por el calado ético del judaísmo –aunque quizá no demasiado entusiasmados por algunas de sus prescripciones legales, como determinadas prohibiciones alimentarias o la exigencia de la circuncisión– que asistían a los oficios sinagoga y en donde podían familiarizarse con la fe judía.

Sería el caso también de Lidia –*sebomenê ton theon*, “adoradora de Dios”–, una rica mercader de púrpura procedente de Tiatira, que se reúne con otras personas junto al río, fuera de la ciudad de Filipos, para orar (Hch 16,13-14). O de los *theosebeis* que figuran, por ejemplo, en un pilar dedicatorio de la sinagoga de Afrodiasias (siglo III): el 43% de los 126 nombres inscritos en el pilar, es decir, 54 personas (el 55%, 69 personas, corresponden a judíos y el 2%, 3 personas, a prosélitos, o sea, paganos que se han hecho judíos).

En este punto conviene tener en cuenta otro dato importante. Si antes, hablando de su vocación, hemos subrayado la dimensión judía del Apóstol, aquí es conveniente resaltar su formación intelectual greco-romana. En efecto, hoy es ingente el número de obras dedicadas al estudio retórico de las cartas de Pablo (véase, como ejemplo, la cantidad de citas y ejemplos tomados del epistolario paulino que se citan en el apartado “Vocabulario del análisis retórico” en la obra de J.-N. Aletti / M. Gilbert / J.-L. Ska / S. de Vulpillières, *Vocabulario razonado de la exégesis bíblica. Los términos, las aproximaciones, los autores*. Estella, Verbo Divino, 2007, pp. 93-111). Significa, sencillamente, que Pablo tenía un buen conocimiento de los métodos y recursos de la retórica clásica, y que los puso en práctica en sus cartas y presumiblemente también en su predicación, máxime si sus oyentes eran paganos y también estaban familiarizados con ellos.

En la novelación que lleva a cabo F. Vouga de la vida del Apóstol, le hace decir a éste: “Equipado con este saber [el de las primeras letras], dejé la enseñanza primaria y a mi preceptor para proseguir una formación entre los gramáticos y los filólogos de la escuela secundaria. Allí pude profundizar mi conocimiento de los escritores clásicos. Durante todos aquellos años, Homero, una vez más, y sobre todo la *Iliada* fueron nuestra Biblia. Pero descubrí también las tragedias de Esquilo y de Sófocles [...] Estos años no sólo suscitaron en mí el gusto por la lectura, sino que también me aportaron un

“descargado de www.marianistas.org”

método de análisis. Aprendimos la gramática, el vocabulario de los poetas, la etimología de las palabras y la forma que cada uno tiene de emplearlas. [...] La retórica, al proporcionarme los medios técnicos para expresar mis ideas de forma ordenada, clara y convincente, me resultó muy útil. Me enseñó a interpretar los textos. No sólo me enseñó a componer un discurso o a escribir cartas, sino que me enseñó también a analizar lo que leo, a descubrir las articulaciones de un texto, a captar su arquitectura y a comprender la lógica que subyace en él. Porque un texto es como un organismo que tiene su vida propia, y el pensamiento, que se ha formado en sus ritmos y en sus frases, sigue moviéndose bajo los ojos del lector” (*Yo, Pablo*, o. c., pp. 67-72).

Una vez más vemos a Pablo como heredero de una doble tradición: la judía y la greco-romana.

Escritor incansable

Las cartas que Pablo escribió –otro dato importante de su figura– tienen importancia por varios conceptos. En primer lugar porque son los textos del Nuevo Testamento más antiguos que se nos han conservado, y por tanto los primeros testigos de la fe cristiana a los que tenemos un acceso directo. Y en segundo lugar porque, mediante ellas, estableció una auténtica red de comunicación entre las comunidades que fundó o a las que evangelizó (es muy probable que las cartas se pasaran de unas comunidades a otras; alguna de ellas incluso es una auténtica “carta encíclica”, como la dirigida a las comunidades de [la región de] Galacia) y pudo llevar a cabo su ministerio pastoral.

“Desde el origen se las destinaba [las cartas] a comunidades, cuyos problemas estructurales y doctrinales, morales y financieros evocaban, para aportarles solución. (Se ha señalado que ningún autor antiguo habla tanto de dinero como Pablo de Tarso en sus cartas.) Por su retórica recuerdan a veces a las cartas de los filósofos. Por su función remiten más bien al abanico de documentos administrativos o diplomáticos gracias a los cuales la autoridad política de la *Urbs* [Roma] mantenía el orden y la cohesión en las lejanas provincias” (A. Paul, *La Biblia y Occidente. De la Biblioteca de Alejandría a la cultura europea*. Estella, Verbo Divino, 2008, p. 230).

Aunque para las cartas se solía emplear el papiro, mucho más barato que el pergamino, también sabemos de la utilización de una especie de libreta de pergamino llamada en griego *membranai*, precursora inmediata del códice (éste, si no un invento cristiano, desde luego sí empleado por las comunidades cristianas casi con exclusividad para poner por escrito sus Escrituras). Estas *membranas* eran una especie de libretas de notas que podían contener esbozos de cartas, notas personales u otro tipo de material (¿citas o florilegios de las Escrituras, como 2 Cor 6,14ss?). En 2 Tim 4,13, Pablo le pide a Timoteo: “Cuando vengas, tráeme la capa que me dejé en Tróade, en casa de Carpo, y también los libros [*biblia*], sobre todo los pergaminos [*membranas*]”.

En la antigüedad, escribir una carta era bastante más costoso que hoy. En primer lugar había que disponer de un escriba o secretario para la redacción. Éste, o bien tomaba notas en semiografía (una especie de taquigrafía) sobre una tabilla de cera que luego pasaba a limpio, o bien iba recogiendo al dictado, directamente sobre el papiro, el contenido de la carta, procedimiento mucho más lento. Conocemos el nombre del amanuense que puso por escrito la carta a los Romanos: “Os saludan Timoteo, mi

colaborador, y mis paisanos Lucio, Jasón y Sosípatro. Y yo, Tercio, que he escrito esta carta, os saludo también en el Señor” (Rom 16,21-22).

Según parece, lo habitual era elaborar un primer esbozo de la carta y dos copias. Y los materiales no resultaban precisamente baratos. José Luis Sicre, recogiendo los datos de algunos otros autores, escribe lo siguiente:

“El papiro necesario para las dos copias de 1 Corintios costaba (según el cálculo de Richards) 10 dracmas, es decir, algo más de 650 €. Por otra parte, la labor del amanuense en esta etapa era lenta: podía escribir unas 85 líneas por hora: las 908 líneas de 1 Corintios supusieron casi 11 horas de trabajo; y las 607 de 2 Corintios, 7 horas. Sumando el coste del papiro y el sueldo del secretario, Richards calcula que 1 Corintios costó, como mínimo, 1.520 \$ (unos 1.270 €); y la carta a los Romanos algo más: 1.680 \$ (1.400 €). Murphy-O’Connor aplica estos datos a la intensa actividad epistolar de Pablo durante su estancia en Éfeso, donde escribió seis cartas, con el siguiente coste aproximado: Gálatas (560 \$), Filipenses (400 \$), Colosenses (400 \$), Filemón (74 \$), la carta perdida a los de Laodicea (400 \$), 1 Corintios (1.520 \$). En total, 3.354 \$ (unos 2.800 €)” (J. L. Sicre, *Hasta los confines de la tierra. II. El macedonio*. Estella, Verbo Divino, 2006, p. 411).

El envío de una carta también conllevaba una cierta complejidad, porque no existía el “servicio de correos” como tal (lo impuso Augusto, pero sólo para la correspondencia oficial). Lo habitual era aprovechar el viaje de algún conocido o paisano, porque no eran muchos los que podían permitirse el lujo de enviar a un esclavo con la carta para su entrega al destinatario. De ahí, probablemente, las largas listas de nombres que figuran en las despedidas de las cartas de Pablo, en las que aparecen parientes, conocidos, vecinos, paisanos, etc.: había que aprovechar la circunstancia. Así, algunos autores sugieren que Febe fue la emisaria de la carta a los Romanos (“Os recomiendo a nuestra hermana Febe, que está al servicio [*diakonon*] de la Iglesia de Céncreas” [Rom 16,1]), Estéfanos el de 1 Corintios (cf. 1 Cor 16,15-18), Epafrodito el de Filipenses (cf. Flp 2,25) u Onésimo el de la carta a Filemón.

Trabajador manual

En la primera carta escrita por el Apóstol, en torno al año 51, leemos lo siguiente: “Os exhortamos a que progreséis más y más, y a que os apliquéis a vivir pacíficamente, ocupándoos cada uno en lo vuestro y trabajando con vuestras propias manos, como os lo tenemos recomendado” (1 Tes 4,10-11). Asimismo, en 1 Cor 4,11-12, les dice a los corintios: “Hasta el presente no hemos padecido más que hambre, sed, desnudez y malos tratos; andamos errantes y nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos”.

El hecho del trabajo manual de Pablo parece un dato fuera de dudas. Ahora bien, habitualmente se suele presentar como algo anecdótico, simplemente, como afirma él mismo, “para no ser gravoso para ninguno de vosotros” (1 Tes 2,9) mientras anuncia el evangelio. Sin embargo, hay razones para pensar que este trabajo manual adquiere una importancia singular en el Apóstol.

Son los Hechos de los Apóstoles los que aportan algún detalle de este trabajo: “Allí [en Corinto] encontró a un judío llamado Áquila, originario del Ponto, el cual acababa de llegar de Italia con su mujer Priscila, a raíz del decreto por el que Claudio había expulsado de Roma a todos los judíos. Pablo se unió a ellos y, como era del mismo oficio –se dedicaban a fabricar tiendas–, se quedó trabajando en su casa” (18,2-3). El trabajo al que se alude probablemente consistía en la fabricación de lonas o cuero

“descargado de www.marianistas.org”

que servía tanto para tiendas como para velas de barco. En este sentido, la ciudad natal de Pablo, Tarso, se había convertido en esa época en un centro de construcción naval y de armadura de barcos.

Nadie ha puesto seriamente en duda que Pablo trabajara, porque, según la tradición judía, “cada cual enseñará siempre a su hijo profesiones decentes y fáciles” (Misná, *Qidusim* 4,14), e incluso que “es bueno el estudio de la Torá acompañado de una profesión temporal” (Misná, *Abot* 2,2), pero sí el oficio concreto de tejedor, ya que se trataba de un oficio no demasiado bien visto (quizá porque podía acarrear fácilmente impureza, según el dicho de la Misná: “El clavo del tejedor es susceptible de impureza” [*Kelim* 1,4]) que casaría mal con un fariseo riguroso como Pablo.

Sea como fuere, si hemos de hacer caso a las noticias que proporcionan los Hechos, durante su estancia en Éfeso Pablo predicaba “todos los días en la escuela de Tirano” (Hch 19,9). Curiosamente, el llamado “texto occidental” de Hechos –una variante textual del libro bíblico que no se sigue en las ediciones de la Biblia– precisa en este pasaje que lo hacía “entre la hora quinta y la décima”, que coincide aproximadamente con las horas de la comida y las posteriores. Es decir, Pablo aprovecharía el tiempo de la comida para predicar y luego seguir trabajando.

En todo caso, lo fundamental de la labor manual del Apóstol estribaría en el hecho de que de esta manera se sustraería de la obligación clientelar que contraería con cualquier patrón que le diera cobijo y comida. No hay que olvidar que las iglesias de la época son iglesias domésticas (*domus ecclesiae*) presididas por el *paterfamilias* (que es también patrón de sus libertos, esclavos u otros hombres libres de menor estatus social). Eso explicaría asimismo la resistencia de Pablo a recibir ayuda de las Iglesias, excepto de las de Macedonia (“Sabéis también que cuando estaba en Tesalónica por dos veces me enviasteis con qué atender a mi necesidad” [Flp 4,16]; “He tenido la sensación de despojar a otras Iglesias al aceptar de ellas un salario para servirlos a vosotros” [2 Cor 11,8]). Algunos han apuntado que, mientras la ayuda de la comunidad de Filipos sería “comunitaria”, la de otras Iglesias, como la de Corinto, sería “patronal”. A todo esto, algunos lo llamarían sencillamente ser libre con respecto al dinero y no tener dependencia de otros: Pablo quiere predicar libre y gratuitamente lo que gratuita y libremente ha recibido. Paradójicamente, la obligación de trabajar le habría liberado de coacciones sociales.

Conclusión

A la hora de las conclusiones, y según lo que hemos estado viendo, se imponen básicamente dos. La primera de ellas, recogiendo la formulación de Crossan y Reed, es que mientras el Imperio impulsaba la paz mediante la victoria –una paz conseguida por el “hijo de Dios” Augusto–, Pablo predicaba la paz mediante la justicia, traída además por el “Hijo de Dios” Jesucristo. Dos paces muy distintas, porque también eran muy diferentes los dos “hijos de Dios”. El primero se impone; el segundo se entrega y se ofrece.

La segunda conclusión está íntimamente ligada a la primera. En el Imperio, todos eran clientes de algún patrón. Pablo no saldrá de este esquema, pero lo transformará radicalmente, porque mostrará que el nuevo “patrón” de los cristianos es completamente distinto de cualquier patrón humano o divino del Imperio. Se trata de un patrón “no patronal”. “Habéis sido comprados a buen precio” (1 Cor 6,20), les dirá a los

corintios empleando una imagen tomada del mundo de la esclavitud. El Dios Padre de Jesucristo ha comprado a los cristianos al precio de la sangre de su Hijo para hacer de ellos hombres libres y hermanos unos de otros: “Habéis sido comprados a buen precio; no os hagáis esclavos de hombres” (1 Cor 7,23).

Aquí es donde radica el escándalo y la necesidad de la cruz. Aceptar el amor que se trasluce en ella, sin ningún mérito por nuestra parte, es lo que nos salva haciéndonos justos ante Dios a la vez que propiciando relaciones de justicia entre nosotros.

Bibliografía

- G. BARBAGLIO, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*. Salamanca, Sígueme, 1989.
- BENEDICTO XVI, “El ambiente cultural y religioso de san Pablo. Primera catequesis del nuevo ciclo sobre el Apóstol de las gentes” (miércoles 2 de julio de 2008).
- J. D. CROSSAN / J. L. REED, *En busca de Pablo. El Imperio de Roma y el Reino de Dios frente a frente en una nueva visión de las palabras y el mundo del apóstol de Jesús*. Estella, Verbo Divino, 2006.
- P. DEBERGÉ, *Pablo, el pastor*. Cuadernos Bíblicos 126. Estella, Verbo Divino, 2005 (con una buena bibliografía en la p. 50).
- J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano*. Estella, Verbo Divino, 2002.
- R. HORSLEY / N. A. SILBERMAN, *La revolución del Reino. Cómo Jesús y Pablo transformaron el mundo antiguo*. Santander, Sal Terrae, 2005, especialmente pp. 113-228.
- W. A. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*. Salamanca, Sígueme, 1988.
- J. MURPHY-O’CONNOR, *Pablo, su historia*. Madrid, San Pablo, 2008.
- J. L. SICRE, *Hasta los confines de la tierra*. I. *La fuerza del Espíritu*. II. *El macedonio*. III. *La profecía*. Estella, Verbo Divino, 2005-2007.
- E. W. STEGEMANN / W. STEGEMANN, *Historia social del cristianismo primitivo. Los inicios en el judaísmo y las comunidades cristianas en el mundo mediterráneo*. Estella, Verbo Divino, 2001.
- S. VIDAL, *Iniciación a Pablo*. Santander, Sal Terrae, 2008.
- F. VOUGA, “La literatura paulina” y “Las cartas de Pablo”, en D. MARGUERAT (ed.), *Introducción al Nuevo Testamento. Su historia, su escritura, su teología*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2008, pp. 131-261.
- F. VOUGA, *Yo, Pablo. Las confesiones del Apóstol*. Santander, Sal Terrae, 2007.
- L. M. WHITE, *De Jesús al cristianismo. El Nuevo Testamento y la fe cristiana: un proceso de cuatro generaciones*. Estella, Verbo Divino, 2007, especialmente pp. 21-120 y 185-271.